

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—COMPANÍA LÍRICA, por D. Francisco Flores Arenas.—TIPOS PROVINCIALES, por D. Eduardo Serrano Fatigati.—CON MAL Ó CON BIEN Á LOS TUYOS TE TÉN, por Fernán Caballero, *conclusion*.—¡EL MUNDO Y LA VIDA HUMANA! por D. Pedro de Prado y Torres.—LA MEJOR DE LAS NIÑAS, por D. Antonio de Trueba.—ADVERTENCIA.—GEROGLÍFICO.

## COMPANÍA LÍRICA.

D. SEBASTIAN, REY DE PORTUGAL.—*Drama serio en 5 actos, música del maestro Donizetti.*

Nosotros, que todavía no nos hemos resignado á la abyección completa de la poesía cantable; nosotros, que creemos que un libreto de ópera debe ser alguna cosa mas que un simple pretexto para escribir música; nosotros en fin, que no nos conformamos con que Melpómene y Talía sean esclavas en vez de hermanas de Euterpe, no podemos prescindir de nuestra antigua manía de buscar en los argumentos de las óperas lo que, en verdad sea dicho, rara vez encontramos, esto es, sentido comun.

En vano pretenderíamos hallarlo en D. Sebastian, produccion que en lo descabellada y absurda puede apostárselas á la mas absurda y descabellada que se haya puesto en la escena en los tiempos antiguos y modernos; pero como no es bien exigir que se nos crea bajo nuestra palabra honrada, ahí vá esa sarta de disparates zurcidos con hilo casero, y trabajo le mandamos al que de ellos saque un átomo de racionalidad.

El primer acto se supone en Lisboa en el momento de irse á embarcar para el Africa el desgraciado rey y su mas desgraciado ejército. Supónese allí que dejó por regente del reino en su ausencia al cardenal D. Antonio su tío, siendo la verdad del caso que el tal tío se llamaba D. Enrique, y que el Antonio, prior de Ocrato, ni fué regente ni fué cardenal. Ya están frescos los que pretenden estudiar la historia en semejantes paparruchas.

Mientras se prepara la partida, aparece un soldado que solicita dar al rey un memorial, á lo que el cardenal se opone; pero él llega; aquel soldado es el poeta Camoens, mozo de grandes bríos que

pretende seguir al rey al Africa, aunque el tal mozo en aquella fecha debia contar sesenta y un años; con lo cual tenemos aquí el segundo rasgo histórico del autor del libreto, poco fuerte por lo visto en materia de cómputos.

En esto se oye una marcha fúnebre. Es la inquisición que lleva á quemar á una mora llamada Zaida, condenada á la hoguera por envenenadora; crimen muy de las atribuciones de la inquisición. El monarca, al verla tan bella, conmuta la pena en el destierro, mandándola á su país á comer alcuzcuz con su papá Ben-Selim, gobernador de Fez, y con su novio Abayaldo, otro morazo de cuenta, que luego debe hacer un papel muy principal en esta peregrina historia.

Véase aquí lo que es tener un buen palmito. Por él no mas la perdonó el rey. Si acierta á ser fea no escapa de chicharron.

D. Antonio se irrita con esto, y mas que D. Antonio un fraile, presidente del tribunal, y que no se llamaba Fray Juan, sino D. Juan de Silva. Hasta en estos pormenores se revela la profundidad histórica del que tal nombre le puso.

Suenan las trompetas, y la expedición se embarca entre el repique de campanas, el estruendo de la artillería y los vítores del pueblo.

El segundo acto se supone á la vuelta de la esquina como quien dice: en Alcazar-kivir y sus inmediaciones. La batalla se ha perdido y no ha quedado títere con cabeza. El rey sale herido y con la espada rota seguido de algunos nobles, entre ellos de un D. Enrique, mal herido tambien. Aquel se desmaya en el hueco de una peña. Los moros, mandados por Abayaldo, se presentan á prender al monarca, al que no conocen. D. Enrique dice que es él y cae muerto.

Zaida, que se habia enamorado de D. Sebastian, aparece buscándolo para salvarlo; lo halla vuelto ya en sí, y ofrece á Abayaldo su mano en cambio de la vida de aquel cristiano que la libró de la muerte en Lisboa. Abayaldo, ignorando quien es, le deja ir libre.

Tercer acto. Vuelta á desandar lo andado. Estamos otra vez en Lisboa, y es de noche por mas señas. Dos embozados se piden limosna uno á otro. Son el mismo rey D. Sebastian, que ha encontrado su puesto ocupado por su tío, y el poeta Camoens,



vuelto también del Africa. Ambos se reconocen y se abrazan; pero otra marcha fúnebre viene á interrumpir el coloquio. Es un entierro suntuoso, como que el protagonista de él se supone ser nada menos que el rey muerto en la batalla contra los moros. Nada falta al parecer allí: cruz parroquial, ciriales, comunidades religiosas, pábulo para el cardenal, clero, el caballo enlutado, el palenque mortuario con las armas reales, un obispo, gente de toga, soldados y pueblo: y sin embargo de todo esto falta una cosa bastante esencial; esta cosa es el difunto, el cual está en un rincón mirando pasar su propio entierro. ¡Tanto aparato y tanto ruido para una caja vacía!

Camoens, sin embargo, se amohina al ver que quieren darle gato por liebre, y rompe por medio del concurso gritando que aquello es una farsa y que el rey vive, aunque no come ni bebe porque no tiene con qué. D. Antonio, que no quiere soltar la régia poltrona, y Silva, comprado por el rey de España, le tratan de impostor: D. Sebastian se presenta y no sale mejor librado, porque Abayaldo, embajador ahora del rey de Fez, jura que él mismo dió sepultura al monarca de Portugal en las playas africanas, y como ni entre cristianos ni entre moros haya sido nunca costumbre enterrar á uno dos veces, resulta claro que aquel no es D. Sebastian. Verdad es que el pueblo entero lo está viendo con sus propios ojos y lo ha reconocido; pero como contra la fé de este unánime testimonio existe la aseveración respetabilísima de un moro, todos acaban por persuadirse de que se han engañado, y permiten por tanto que su rey sea preso y que el tribunal de la inquisición le juzgue, no por delito contra la fé, sino por el de no haberse muerto para dar gusto á su tío Antonio.

Aparece el tribunal con colgaduras negras: sobre la mesa un crucifijo y dos velas verdes: en el dosel el emblema de la inquisición. D. Sebastian recusa á sus jueces, pero un nuevo testigo se presenta. Es un testigo hembra, es Zaida, es la Sra. embajadora de Fez que ha ido á Lisboa acompañando á su esposo, por mas que semejante hecho sea inusitado en la diplomacia mora. Zaida viene á declarar que aquel es el rey, y que es al que por amor libró de la muerte en Alcazar. Abayaldo se pone furioso, como es muy natural; Silva reconoce en ella á la mora sentenciada anteriormente y manda que la quemen, así como á D. Sebastian. Mientras se prepara el suplicio son encerrados en una torre.

Silva, no obstante, ofrece á ambos la vida, á condición de que D. Sebastian firme su renuncia en favor del rey de España; cosa á la cual se niega. En tanto Camoens soborna á las guardias de la torre, y trata de hacer escapar á los presos por medio de una escala de cuerdas; pero se descubre su fuga y caen muertos á tiros. Camoens se arroja á un abismo que encuentra allí á mano.

Hay cosas que se juzgan solo con que se refieran. El relato que acabamos de hacer nos escusa de todo juicio. La crítica no debe perder su tiempo en analizar mamarrachos semejantes.

Y sin embargo, Donizetti ha puesto á este mamarracho una bella música, de sorprendente novedad. Ha vestido de terciopelo á un esqueleto hediondo; porque en efecto, la obra lo es tal literariamente hablando.

Nada se ha omitido para que la producción se presentase con el grande aparato que ella pide, ó al menos con el que es compatible con el mezquino escenario del Principal. La empresa ha cumplido su oferta, como ha cumplido todas. El libreto por una parte y la tradición escénica por otra, le marcaban la pauta que había de seguir en el exornio y aparato. No vá á ser por tanto objeto de nuestras observaciones la empresa, sino van á serlo ese mismo libreto, y sobre todo esa misma tradición escénica de que hemos hablado.

Nosotros hemos creído siempre que las cosas de la iglesia están muy bien en la iglesia, pero están muy mal en un teatro, y no es eso lo peor, sino que seguimos creyéndolo, por mas que se nos tache de preocupados y hasta si se quiere de fanáticos. Un crucifijo es para nosotros algo mas que un simple mueble de exorno, y el roquete de un obispo es también para nosotros algo mas que un vestuario de comparsa. Este roquete, por ejemplo, puesto sobre los hombros de quien tal vez aquella mañana llevaba un cubo de mezcla ó vendía pescado á voz en grito por esas calles, es cosa que nos repugna, que nos produce una sensación penosa. Se dice por algunos sin embargo: "¿Qué mal hay en que las solemnidades del culto se presenten en la escena siempre que esto se haga con el debido decoro y no por vía de burla?" Nosotros responderemos que por esa regla no habría inconveniente en que en el escenario se presentasen novenas y sermones y hasta misas cantadas, porque seria imposible establecer esa línea divisoria que se pretende entre lo lícito y lo ilícito, entre lo que pudiera permitirse al espectáculo y entre lo que debiera constituir la profanación. A un drama, á una ópera, puede irse con el corazón sano; pero no se va por espíritu de devoción, y devoción es lo que exige de nosotros el aspecto de la cruz de Cristo y de las imágenes sagradas que veneramos en los altares. Divirtámonos pues con otras cosas y no con ellas. Por eso decia con singular oportunidad un amigo nuestro que esta ópera valdria mucho mas si estuviese secularizada.

La concurrencia no ha pasado de mediana la noche que mas, y en las restantes ha sido escasisima. No es para todos los estómagos aquel hartazgo de velas verdes y de sobrepellices, y además estamos en Cuaresma, y sabido es que todas las leyes del mundo no bastan á mudar las costumbres de un pueblo. Ellas hacen que en este tiempo Cádiz acuda solo en abundancia á los templos. Somos bastante preocupados para creer que Cádiz hace bien.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## TIPOS PROVINCIALES.

### EL CHURRO.

Fortuna te dé Dios, hijo,  
Que el saber poco, *te basta*.

Preciso es convenir, y la experiencia se encarga de demostrarlo, en lo bello y general que es el amor á la patria, al suelo que nos vió nacer, al país que nos cobijó con sus leyes y sus casas, y que nos dió su lengua y su religion.

Tampoco deja de tener su aquel, mirado por su lado poético, el pueblo ó lugar determinado en que aprendimos á distinguir lo sabroso de lo insípido y las penas de los dolores.

Pero si ese pueblo nos ofrece tan solo un modesto corral vacío, y unos cuantos *terrones* sin cultivar, entonces la poesia desaparece, y con ella nuestro amor de *patria local*, para adquirir mas fuerza el de la patria en toda su estension, que nos ofrece un porvenir mas halagüeño.

Y hé aquí una ocasión oportuna para sudar erudicion por todos los poros, y con el asendereado libro de la historia en la mano, demostrar que la emigracion es una plaga muy antigua en nuestra especie, y que no es ninguna cosa del otro jueves ver marchar á un ciudadano en busca de un pan mas blanco, ó de una mejor casa.

Ahí tenemos á Eneas, troyano hasta la médula de los huesos, que huyendo de la chamusquina de su heroica ciudad, carga con sus dioses penates y marcha con la música á otra parte, ni mas ni menos y del mismísimo modo que un saboyano de nuestros dias vá con su organillo á destrozar los oídos de todos los habitantes del globo.

Y si no os place esta cita ahí teneis á los señores Germanos, que no nos dejarán mentir, los cuales viendo que sus hermosísimas selvas no daban mas que bellotas, y que por estas tierras de Dios habia excelente *manducatoria*, se lanzaron como perros de presa sobre nuestros campos y se comieron lo mejor de la partida.

Pero como no quiero echar mi cuarto á espadas en eso de erudicion, ni fatigar á mis benignísimos lectores, pasaré por alto á los hunos, con su *confortable* olor á carne podrida, las barbaridades dramáticas de Atila y á los aventureros de todos los tiempos para concretarme al tipo que me he propuesto describir.

El churro, diezmillonésima variante de la especie humana emigratoria, ha de nacer en Aragon. Es esta una cualidad indispensable é indiscutible que no puede pasar á media prueba, como la aptitud legal de un diputado, la castidad de una viuda jóven, y la visualidad de un *vista* de aduana.

Demos, pues, el caso de que nuestro hombre nazca en un pueblecillo de mala muerte, con mas hambre que un maestro de escuela y con el suficiente talento para saber que un ochavo mas otro ochavo, hacen un cuarto y que la progresion es el gran pro-

blema de la aritmética. Haciendo gracia á nuestros lectores, de los insignificantes lances de su niñez, supongámosle ya, hecho todo un mozo de trece ó catorce abriles, apto para jugar al trancios con cualquiera que se le plante por delante y con mas piernas que un galgo.

Si en tal estado el mozo agarra convencido el azadon y cava que te cavarás no se acuerda de que pudiera tener ambicion, ni de que su tragé es un si no es burdo y raído, el churro no es churro, sino el aragonés pura y simplemente aragonés y como tal digno conciudadano de los Jaimes y Lanuzas que pudriendo *están* la tierra, y haya Dios en santa paz.

Pero si por el contrario el supradicho palurdo conoce que su pueblo no se halla á la altura de los *adelantos del siglo*, que las patatas á pesar de ser un alimento muy higiénico, no satisfacen del todo su *esquisito* paladar, y siente por añadidura que su corazon le hace *triqui-traque* cuando vé pasar por el camino real durmiendo en su carro, á muchos de sus vecinos consagrados á *Mercurio*, entonces la cosa varía de aspecto. Nuestro hombre testarudo como quien es, se dá de calabazadas, para hallar una solución al problema que lleva en su magin, y despues de haberlo consultado mucho con la almohada, es decir con la paja del jergon, se decide á comunicar al padre sus ambiciosos proyectos.

Este que habia notado ya varias veces la poca aficion que demostraba su primogénito á la *agricultura*, consulta el pensamiento con la madre, la cual lo hace á su vez con su hermana, esta con su hija, la hija con el marido, el marido con el cura, el cura con... y así sucesivamente, hasta que todo el pueblo discute y vota *por mayoría relativa*, el proyecto de aquel de sus vástagos que aspira á salir de la modesta clase.

Una vez cumplido este requisito y previas otras muchas y maduras deliberaciones el padre y la madre se avienen al proyecto emigratorio, y como novicio cuya vocacion se prueba, lo embuten á guisa de fardo en el primer carro que acierta á pasar por el camino en direccion á Valencia, y le hartan de besos y consejos, lo cual si no llena su estómago, es sin duda alguna muy económico y moral.

El mozo por su parte arregla su viaje, con la misma simplicidad que los arreglaria *in illo tempore* nuestro padre Adan, con la única diferencia, exigida por la decencia y el pudor de que nuestro churro cubre sus carnes con unas calzas de paño burdo, unos pantalones y una chaqueta idem, amen de un sombrero ibidem, en vez del traje ligero y nada engorrosó que diz la crónica llevaba el padre Adan.

La económica política es una ciencia mas generalizada de lo que vulgarmente se cree, si se ha de juzgar por los resultados, y una prueba evidente de este semi-axioma lo tenemos en el churro. El ahorro es la base de los capitales, han dicho á voz en grito, todos los economistas habidos y por haber, y nuestro héroe, agazapado en el rincón del paterno hogar está tan convencido de este principio que para él capital y ahorro son voces sinónimas.



Vedle si nó alimentado y alegre con el uso visual que hace de las pocas ó muchas monedas que se consumen en la oscuridad de su bolsillo, y lleno de orgullo al oír sonar en el fondo del cajón de su mostrador, los indefinibles acordes de la calderilla.

Pero sigámosle á su llegada á Valencia y hagamos alto un momento para considerar el caso de que nuestro héroe sea heroína, ó el churro se convierta en churra. *Esta*, á quien no nos atrevemos á incluir de buenas á primeras en el *bello sexo* considerado estrictamente, ocupa en la ciudad del Cid, las habitaciones mas reservadas de las casas y ejerce las funciones mas delicadas para nuestros estómagos. Su honradez á toda prueba, sus argumentos de mano maestra y su cabeza aritmética, la ponen á cubierto de las contingencias amorosas que embahucan á la mas pintada, y á nosotros de levantar mas su púdico velo, para continuar con nuestro tipo *macho*.

*Este*, no pudiendo resistir su curiosidad á la vista de tanto nuevo como á sus ojos se presenta, dedícase durante dos ó tres dias á ver y mas ver, conducido por su Cicerone el carretero que en tal caso suele siempre ser *pagano*, aunque por otra parte sea un buen católico.

*El churret*, admira los aparadores de las tiendas en la calle de Zaragoza; se estasia chupándose los dedos en la puerta de los cafés; sube al Miguelete y enseña á todo el que quiere oírle, cual es el camino de su tierra; vá al teatro á escuchar las gracias de Perico García, ó de Perico de los Palotes, ó las marciales maneras del capitán del Valle de Andorra, ó el sargenton de Catalina.

Durante este tiempo, su cara angelical y sus maneras nada diplomáticas, dan á conocer á los pilleles su origen *extrangero*, y como la ocasion la pintan calva y como siempre hay media humanidad dispuesta á reírse de la otra media, no le escasean las bromas de mal gusto, las *degollas* en tiempo de la idem y las *caquelas* en Carnaval.

Como las electricidades del mismo nombre se repelen y las del contrario se atraen, segun los físicos, el *churret*, á los pocos dias de su estancia en Valencia, huye á carrera tendida de todos sus compañeros, tan desprovistos de medios económicos como él, y se aficiona repentina y locamente por la industria minera que halla sus filones en los bolsillos valencianos, y sus *menas* en los *duros* y napoleones acufiados.

Pero no vaya á creerse por lo que acabamos de decir que nuestro tipo se convierte en caballero de industria, ni asiste á las aulas de Caco, ni se afilia en la cofradía de Candelas; él es tan hidalgo como si fuera vizcaíno, y *ni oro molido que fuera*, que para lograr su objeto le bastan sus manos lavadas (que no es lo mas comun), su cuerpo fuerte y ágil para ejercitarse en cualquier industria y su cerrada boca, en la cual no entran ni moscas, ni otras cosas mucho mas apetitosas, si atacan á su bolsillo.

Por no molestar á nuestros lectores con un alarde de erudicion, que les prevendría regularmente contra el artículo que les ofrecemos, no hemos

querido recordarles el origen etimológico de la palabra que sirve de nombre á nuestro tipo.

Pero como la susodicha palabra es atrozmente anti-castiza y nos asaltan escrúpulos *literarios*, acerca de su uso, arrepentidos de nuestra primera determinacion, decimos á guisa de testigo pagado:

Que allá en los tiempos del rey que salió (no olviden Vdes. la fecha) hubo otro que no rabiaba, pero que habia sido nombrado soberano de Aragon. Este buen señor, al jurar su elevado cargo, quiso que le entendiesen aragoneses y valencianos, como si dijéramos Pravia y Piloña, y para ello en vez de decir *juro*, ni *churo* dijo *churro*. Estamos? Pues pasemos adelante.

Cuando nuestro tipo sale algo vanidosillo, y se le meten demasiado en la cabeza las *letras* de su escuela, dice para sí con Espronceda:

Yo con erudicion cuánto sabría!

Y cádate Periquito hecho fraile, ó lo que es lo mismo, el churro convertido en estudiante. No queremos seguirle en este terreno bastardo, y le dejaremos en paz ir á comer la sopa boba, cuando habia conventos, ó acompañar niños á la escuela en nuestro siglo de instruccion enciclopédica.

Entretanto, el verdadero tipo, amante del comercio en general, con la misma vocacion se dedica á pesar confites, que á examinar la longitud de una vara, ó á profundizar la extension de una medida de aceite.

Así es que desprendido á los pocos dias de los cariñosos brazos de su Cicerone, y acomodado en el último rincón de un lugar comerciable (es decir, donde se comercie) nuestro hombre empieza á dedicarse en cuerpo y alma á la *industria consabida*, sin que le detenga en su camino la misteriosa atraccion de los teatros, cafés, juegos y mujeres, foco insaciable donde los demás miserables horteras gastan sus ahorrillos.

Para el churro no hay tentaciones posibles, si se exceptúa la de contemplar ensimismado el sencillo mecanismo, por el que las monedas pasan del bolsillo de los parroquianos á los abismos *deliciosos* del mostrador.

Mientras dura este primer período de aprendizaje, el futuro comerciante escribe alguna que otra vez á su familia, relatándola sus esperanzas y deseos: pero mientras esas esperanzas y deseos no se convierten en relucientes napoleones, el padre se limita á enviarle por medio del consabido carretero consejos y mas consejos, y á encargarle economías y mas economías.

Es raro que al cabo de mucho tiempo de práctica en tal sistema, y conociendo el dueño de la casa la honradez *inatracable* de su churro y sus excelentes dotes comerciales (amen si el principal es de la misma casta y le huele de lejos) es raro, repito, que nuestro hombre no ocupe el principal puesto en la casa que asaltó como al descuido, y que quien solo metió un poquito el pié, no se alce como suele decirse, con el santo y la limosna.

Llegado á tal punto de riqueza, y sin estralimitarse de sus costumbres económicas, el churro tie-



ne ya una distraccion mas en sus horas de ocio: lee el diario, si bien es verdad que de ese diario no lee mas que la cuarta cara y que su política exterior é interior y su entusiasmo por *la perfeccion humana* se reduce á saber: si el cacao paga mucho de puertas: si el azúcar terciada es mejor que el remolacha, y si en la tienda del Esclavo ó del Gran Turco se venden los garbanzos un maravedí por libra mas baratos que en la suya.

El cariño de familia que nunca se apaga en los corazones *bien nacidos* se manifiesta entonces con mas vehemencia, y ya no se limita á consejos orales por medio del carretero. Es preciso ver *al chico*, saber como le prueba Valencia, darle cuatro apretados abrazos, y hacerle perseverar en el buen camino emprendido. Estas delicadas atenciones cuestan á nuestro tipo, unos cuantos suspiros al desprenderse de otros tantos reales, con que obsequiar á su *dilatadísima* parentela, si bien puede comerse en cambio impunemente unos cuantos huevos de las gallinas de su corral y especialmente uno puesto quince dias antes, por su favorita *in illo tempore*.

Despues de estos percances y tras de algunos reinados del feroz Saturno, si la fortuna ayuda un poco, el churro empieza á ser propietario, y luego primer contribuyente, y luego quizás poseedor de una carretela donde se embute con guantes calados y aire aristocrático: pero apesar de ese brillo exterior, no muy frecuente que digamos y á pesar de esos alardes de vanidad, no creais que el churro ha dejado de ser churro.

La higiene le dice que la alimentacion moderada alarga la vida y su cocina parece la de un maestro de escuela: la moral le dice que el hombre honrado no debe un cuarto á nadie, pero tampoco consiente que le deban, y en cuenta y razon parece la maquinaria de un reloj (que ande bien:) la religion le dice que la ociosidad es madre de todos los vicios y trabaja como un desesperado para aumentar su capital.

En suma el churro, en su pueblo, en Valencia, en Madrid, y al fin del mundo, es siempre el mismo.

Un modelo de hombres honrados, nada fastidiosos y algo egoistas. Agur, amigos lectores.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

## CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

(CONCLUSION).

### VII.

Pagó Regla un sincero tributo de dolor á la muerte de aquel que tan inicuamente la habia engañado; pero que habia sido su tierno amor y el padre de sus hijos; y pensó en poner cuanto antes

por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenia, por medio de la criada; acudiendo en seguida al Cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, se encargó él mismo de proporcionarla su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Londres á Cádiz.

El capitán de este buque era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegacion dió cuenta de su persona; tomó el meridiano, mandó la maniobra; comió con buen apetito carne salada y patatas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y á las mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viaje; quince dias, en que las mas amargas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazon de aquella infeliz mujer, con la misma constancia con que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego.

Al llegar á Cádiz se destrozó aun mas dolorosamente su corazon, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias; pero aquí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada, se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolón; tomó á su niño en brazos, á la niña de la mano, y con el corazon palpitante se dirigió á casa de la madre de Servando. Pero aquí la aguardaba un nuevo desengaño: la madre de su marido habia muerto. Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan positivo, que sin documentos ni papeles legalizados, rehusó reconocer en ella á la mujer y en los niños á los hijos de su cuñado, á quien calificó de disipador, de mala cabeza, de vicioso, añadiendo que habia hecho muy mal en tener queridas, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles de reales que salia alcanzado en la cuenta de la testamentaria; que así, era justicia distributiva la que le habia arrestado en Londres por deudas.

Regla salió de allí aterrada. ¡Era cierto que la infeliz, ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decia! ¡Estaba perdida! ¡Hundida en la mas profunda miseria!

Si Servando hubiese muerto en su pais, con un sacerdote á la cabecera, que le ayudase á bien morir, ciertamente que en el lecho de muerte se hubiese casado legalmente, y legitimado así á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque hubiese disipado todo su caudal, les habria proporcionado, además del nombre y del nacimiento, el amparo de su pudiente familia, y dado el derecho á herencias que en lo sucesivo pudieran haberles tocado. Mas nada de eso habia sucedido; y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horripilante esqueleto que tan propiamente simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar de *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para



pintar en su exacta luz los mas altos puntos de la religion católica, tenemos que acudir, con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura literaria, á las expresiones comunes y casuales de que se sirve el pueblo español, pues ningunas expresan la idea católica con mas propiedad, concision, exactitud, profundidad, poesia y elevacion.

El cuñado de Servando vivía frente á la muralla. Al salir de allí Regla, sin saber qué hacer, ni atinar dónde refugiarse, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó, á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto. Regla andaba desatinada. Su misma angustia la hacia no poder estar parada, y así seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado, y le pedia pan. Sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que minaba su vida, y era hija de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria, y variable atmósfera inglesa. Su pecho se partia de dolor á un tiempo físico y moral. ¡Cuánto habia decaído, cuánto habia envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! ¡Cómo habia tronchado el huracan aquella hermosa y lozana planta, que se ajaba y se-caba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al paraje de la muralla que cubre la bulliciosa Puerta del Mar, se paró exánime, y miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre; en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cria; al que los transporta y al que los vende. Recapituló cuán magna y benéfica es la institucion del dinero; cuán universal su poder y su accion: pues une el hombre al hombre, los países á los países, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso. De aquí recayó en la contemplacion de sus desgracias; recordando al autor de todos sus males, que sin ser un hombre perverso, ni un consumado bribon, habia llegado á ser un criminal y un ente desnaturalizado, solo por esa indiferencia hácia el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca dada á las pasiones, llamándolas *instintos de la naturaleza*, y á estos, incontrarrestables, pretendiendo que el Criador, pues que las dió, no pudo hacer una ley de la virtud, ni constituir en deber el dominar-las y vencerlas.

—¡Ah! exclamó, ¡qué de oro echaste á tu vanidad y á tus vicios; y tus hijos no tienen pan, ni lo pueden aun ganar!

—Tengo hambre, madre; tengo hambre! repetia la niña llorando.

—¡Hija, si no tengo que darte! respondió la madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero: pobre soldado, que privado de ambas piernas se arrastraba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan; la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos, al encarsarse, quedaron cual dos estatuas, frios é inmóviles.

—¡Regla! exclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian, ¡oh, infeliz! gimio Regla, prorumpiendo en un acerbo llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el lisiado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras ajenas.

Regla redobló sus sollozos.

—¿Y tu marido? Preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—¿Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—¿Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues ¿qué te queda, infeliz?

—¡Nada! respondió la desdichada, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla, dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oídos cristianos que me oigan.

—¡Pedir limosna! exclamó Regla sollozando.

—¿Y qué mal ni qué ignominia hay en eso, para aquellos á quienes otro recurso no queda? Alza tranquila la frente; que lo que Dios no prohíbe, no es deshonor. Seis años há que soy un miserable lisiado sin poderme valer; y ni un día, Regla, me ha faltado el pan. No me he acostado una noche con hambre, y sin rogar á Dios por las almas caritativas, que no se desdeñan de alargar su limosna á un pobre.

Desde aquel día prohibió el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas; les dió pan y hogar, su cariño y su amparo. Pero Regla caminaba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los cuidados y esmero de su primo, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública.

En uno de esos dias de tribulacion fué cuando acaeció la escena que hemos referido al principiar, con la niña de la capota rosa, y que tuvo por resultado el interesar á su madre por la pobre niña, á quien vistió y puso en la escuela. Entonces Sebastian pudo dedicarse con mas desahogo al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todo su esmero fué en vano: el mal de Regla no tenia remedio, así como su pena no tenia consuelo.

La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre, cuya muerte rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, pobres, repulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh, mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son hijos míos, la dijo Sebastian, des-cansa; que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios, cuando en él comparezcamos todos.

—¡Sebastian!... ¡Sebastian! exclamó con débil voz la moribunda: ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?



—Y yo ¿qué he hecho, pobrecita mía?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra, con no poner precio á sus beneficios! ¡Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú hubieras hecho de mí una mujer feliz y respetada, y cuando todos me faltaron, has sido mi único amparo. Tarde conozco cuán cierto fué lo que me dijiste en aquel entonces, y á lo que por mi mal no atendí: CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TÉN!

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que había amparado á la niña, supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien criada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sugeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz.

Sebastian puso todo el cariño de su corazon en el niño; le crió con esmero y dedicó á la carrera de la marina mercante; le embarcó temprano en un barco, perteneciente á uno de sus favorecedores, al que había interesado por el huérfano. Este es en el día un jóven y entendido piloto de la carrera de Manila, su capitán, que le quiere mucho, pronostica al buen marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios, que se disputan el corazon del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien. Puesto que si vemos al vicio abandonar á sus hijos, vemos á la caridad recoger á los desamparados.

FIN.

## ¡EL MUNDO Y LA VIDA HUMANA!

¿Qué viene á ser la vida humana mas que un mar borrascoso en el cual nos agitamos incesantemente á la merced de sus furiosas olas, donde cada instante varia nuestra situacion, proporcionándonos nuevas tribulaciones? Y los hombres mismos ¿qué son sino tristes juguetes de sus pasiones insensatas y de las eternas vicisitudes de los acontecimientos? Ligados por la corrupcion de sus corazonas á todas las cosas presentes, se hallan con ellas envueltos en movimiento perpétuo: semejantes á esas figuras que arrebatan en su rápida rotacion la rueda, no tienen nunca consistencia asegurada; cada momento constituye para ellos una situacion nueva; fluctúan á merced de la inconstancia de las cosas humanas, pugnando sin cesar por fijarse en las criaturas, y obligados incesantemente á desprenderse de nuevo creyendo siempre haber hallado el lugar de su reposo, y obligados penosamente á recomenzar su carrera; cansados de sus agitaciones y arrastrados sin embargo por el torbellino nada tienen que les consuele ni endulce

las cuitas, ni el mundo que las causa, ni su conciencia que sirve para amargarlas, ni el precepto de DIOS contra el cual se muestran rebeldes. Ellos al fin apuran hasta las heces el cáliz de la amargura; es en vano que viertan el líquido de un vaso á otro y que se consuelen de una pasion con otra nueva; de una pérdida por la adquisicion de una afeccion nueva; de una desgracia por nuevas esperanzas frustradas; do quier les siguen las amarguras, mudan de condicion; pero sin cambiar de suplicio!...

Y el mundo ¿qué es hasta para aquellos que lo aman y que parecen embriagados con sus placeres y no pueden pasarse sin él? Es una eterna servidumbre donde ninguno vive para sí, y en donde para ser dichoso es menester poder besar sus cadenas y amar su esclavitud.

El mundo es una revolucion diurna de acontecimientos que despierta alternativamente en los corazonas de sus partidarios las mas violentas pasiones y las mas tristes; odios implacables, aborrecibles perplejidades, amargas zozobras, celos roedores y penas destructoras. Es el mundo una tierra de maldicion donde los placeres mismos van acompañados de espinas y de acibar.

El juego hasta por sus caprichos y sus arrebatos; las conversaciones fastidian por las encontradas opiniones y disparidad de sentimientos; las pasiones y las afecciones criminales se hallan mezcladas de sinsabores y contratiempos. El mundo es un sitio donde la esperanza misma, que se mira como una pasion tan dulce, torna desgraciados á la mayor parte de los hombres, donde lo que gusta no nos agrada por largo tiempo, y donde el fastidio viene á ser al cabo casi la condicion mas soportable á que se puede aspirar.

Y no se crea que aludimos al mundo oscuro que desconoce los que llamamos grandes gozes, los encantos de la prosperidad, del favoritismo y de la opulencia; nada menos que eso, sino que es la pintura fiel de lo que hemos convenido en denominar el *gran mundo*.

Nada hay estable en el mundo, ni las mas florecientes fortunas, ni las mas acendradas amistades, ni el mas envidiado favor. Se vislumbra una soberana sabiduría que se complace al parecer en burlarse de los hombres, elevando á los unos sobre la ruina de los otros; en degradar á aquellos que se hallaban en lo alto de la rueda, para hacerlos reemplazar por los que se encontraban antes humillados, produciendo cada dia nuevos héroes sobre el teatro y haciendo eclipsar á los que momentos antes representaban brillante papel. Los hombres pasan su vida entera en agitaciones, planes y proyectos; siempre atentos á sorprenderse mutuamente ó en guardia para no dejarse sorprender; siempre alertas y dispuestos en aprovecharse de la retirada, destitucion, desgracia ó muerte de sus colegas, viven preocupados é inquietos del presente y del porvenir; jamás tranquilos, trabajando todos en busca de reposo; pero alejándose cada vez mas de semejante beneficio.

La vanidad, la ambicion, la venganza, el lujo, la



concupiscencia, el insaciable deseo de acumular, hé ahí las virtudes que el mundo conoce y estima: la rectitud pasa por simpleza, la doblez y el disimulo por cualidades meritorias; las sociedades están inficionadas por la falta de sinceridad. En vez de ser la lengua intérprete del corazón, por el contrario es una máscara que le disfraza y le oculta.

Los intereses mas viles arman al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo, y rompe todos los lazos amistosos y de consanguinidad. Si penetrásemos hasta el fondo el interior del mundo; si conociésemos detalladamente sus secretas penas y negras inquietudes, ¡cuán distinto le veríamos en realidad de como aparece superficialmente!

Veríamos al padre dividido del hijo, al esposo separado de la esposa; y el secreto de las familias, no disimulando á los ojos del público mas que antipatías, envidias, murmuraciones y eternas disensiones!

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

## LO MEJOR DE LAS NIÑAS.

Tienes un pelo, niña,  
que en brillo y suavidad  
al ébano y la seda  
se deja muy atrás,  
que para atar las almas  
no he visto lazo igual...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes unos ojitos  
que dicen soledad,  
negros como las penas  
que causa su mirar,  
alegres como el cielo  
cuando sereno está...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes unas mejillas  
que no hay en el rosál  
rosita que con ellas  
se pueda comparar,  
que nadie vió conjunto  
de perfecciones tal...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes una boquita  
con labios que han de dar  
envidia á los claveles  
que broten por San Juan,  
con dientes que figuran  
perlititas de la mar...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes una garganta  
que celos á uno dá  
la santa crucecita  
que en ella tiene altar,  
y al palpar tu seno  
de amor palpitará...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tu pelo y tus ojitos  
me gustan en verdad,  
me gustan tus mejillas  
de nieve y de coral;  
tu boca y tu garganta  
me gustan á la par...  
mas tu corazón, niña,  
me gusta mucho mas.

ANTONIO DE TRUEBA.

## ADVERTENCIA.

De las obras anunciadas para regalo á los señores suscritores que abonen el año anticipado, se han agotado las siguientes, además de las que se espresaron en el número 3 de este año.

*Lo que se vé y lo que no se vé.*

*El Emprendedor.*

*El Charlatanismo sin máscara.*

*Coleccion de muestras de letra bastardilla española.*

*Almanaque Religioso Estadístico Agrícola.*

*El Manto de Deyanira.*

*Doña Mercedes de Castilla.*

*Juego del Mus.*

*Orlando Furioso.*

## SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Las numerosas huestes de Napoleon fueron diezmadadas en la sin par Zaragoza.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

